



LEONARDO HUEBE

Cheever  
por  
Montero

Página 3



CONTRATAPA

Limpia,  
brilla y da  
esplendor

Página 4



SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 2 | NÚMERO 61 | JUEVES 31 DE ENERO DE 2013

Lo  
que  
no  
se  
termina



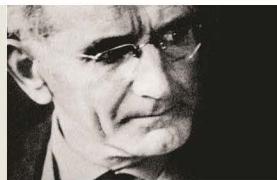
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)

## GUNTHER ANDERS REMEMORA SU AMOR POR LA PENSADORA HANNAH ARENDT

En *La batalla de las carezas. Mi historia de amor con Hannah Arendt*, el ensayista polaco Günther Anders rememora su pasión por la autora de *Eichmann en Jerusalén*, de quien fue su primer marido y a la que retrata como una mujer "profunda, insolente, alegre, mandona, melancólica y danzarina". El libro, publicado por Paidós, será puesto a la venta en América latina entre fines de febrero y principios de

marzo, según fuentes de la editorial. Anders es autor, entre otros libros, de una obra clave para pensar la técnica contemporánea, *La obsolescencia del hombre* (Pretextos) y de *Más allá de la conciencia* (Paidós), su correspondencia con Claude Eatherly, uno de los pilotos estadounidenses que dejó caer la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki.

PAOLO E. CHACÓN



2 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 31 DE ENERO DE 2013

# Lo que no se termina



DANIEL FREIDEMBERG

“Por el alma de cobre de los cables un fantasma recorre el mundo”: así empieza el poema “Virtual”, de Bruno Di Benedetto, y ese, justamente, el mundo virtual, es su tema: “fosforece el botón de nácar/ en las pantallas de cristal líquido, ese río vertical/ en el que te bañarás dos veces.” Pero, aunque ya de entrada uno sepa de qué el poema está hablando, una cierta inquietud, también de entrada, le da otra dimensión a las cosas, porque decir “fantasma recorre el mundo” remite a asuntos bien diferentes. La vinculación entre las nuevas opciones de la realidad y aquel otro fantasma, el que aparecía al principio de un célebre manifiesto filosófico-político en la segunda mitad del siglo XIX, es un desafío. La mente es puesta entonces a participar de un juego sin fin, potenciado además por una segunda evocación filosófica: Heráclito, y su río en el que nadie se baña dos veces. Aunque tampoco es seguro que el tema no sea, además del tema, un motivo para avanzar en otros terrenos, habida cuenta de cómo termina, cubre líneas más adelante, el poema: “La boca que no está/ lechaba al oído que no escucha: un cortejo miedoso/ delas palabras que van diciendo su pequeña muerte.”

¿Estremecimiento metafísico? Al autor no le debe gustar mucho esa fórmula, presumo, ni me satisface, pero no encuentro otra mejor: “estremecimiento metafísico”. En todo caso, a Di Benedetto, un poeta de Puerto Madryn que está empezando a ser reconocido como se merece en el resto del país, no le va a extrañar que se ajeno ya a cualquier voluntad suya, el poema sostenga su propia realidad, abandonado a la intemperie de las más distímiles lecturas pero a la vez sostenido por una trama rigurosa y una conciencia del trabajo con la lengua cuyo resultado es la incesancia: difícilmente alguna vez alguien pueda termi-



nar de leer un texto como este, siempre va a estar el texto esperándolo a uno para decirle algo más.

“A esta altura de mi experiencia, no hago pactos con nadie”, apuntó hace un tiempo Di Benedetto. “Sólo con el poema. Y lo de pacto es excesivo: más bien trato de ponerme al servicio del poema, que ya nace con sus necesidades particulares de lenguaje y complejidad.” Por eso, porque establecen sus propias reglas, los poemas son inagotables. O, al menos, algunos, quizá los mejores. Nada se termina de definir en esa escritura, y eso, en vez de restarle fuerza y vida, es lo que la vuelve necesaria, porque ese resto impreciso es como un plus que el poema necesita para leer, siempre en estado de inminencia, de promesa, de posibilidad. Jugando con dos de los sen-

tidos del verbo “consumir”, Pier Paolo Pasolini escribió que “es retórico decir que los libros de poesía también son productos de consumo, porque, por el contrario, la poesía no se consume. Uno puede leer miles de veces un libro de poemas y no consumirlo”.

No sé si tuvo en cuenta Marcos Mayer lo dicho por Pasolini cuando hace poco escribió que, “a diferencia del entretenimiento que iza una bandera blanca frente a las turbulencias que estremecen la paz, el arte nunca termina de entregarse por completo. Por eso podemos ver más de una vez un película, con plena sin cansancio un mismo cuadro, escuchar hasta el hartazgo la misma melodía o releer un libro como si fuera el primer encuentro con él.” El hecho es que hay, dice Mayer, una “reticencia a entregarse por completo, que forma parte de los placeres que nos propone el arte” y que “es, de alguna manera, una manera de resistir a

la tentación de las certezas. Una novela o una canción se agotan cuando se sabe—o se cree saber—todo acerca de ellas. Es probable que las relecturas y renovadas escuchas sean distintos en cada uno porque no se practica la incertidumbre de la misma manera.”

Puedo pensar en el poema de Di Benedetto o en un cuadro de Tapiés, en las armonías y las letras de Los Redondos o en una tira de Breccia, una toma de *Taxi Driver* (las luces de la ciudad fluyendo en el vidrio del parabrisas) o la conversación casual de dos personajes de Saer. Algo que en la reflexión de Mayer me sirvió es la distinción que establece entre “entretenimiento” y “arte”. Si uno “iza una bandera blanca frente a

las turbulencias que estremecen la paz”, el otro “nunca termina de entregarse”: dos modos de situarse ante la sociedad, o ante el Universo, o ante uno mismo como lector o espectador.

Tal vez no sea, entonces, “elitismo” o “intelectualismo”, dos rótulos que suelen convocarse automáticamente en estos casos, lo que lo lleva a uno a distinguir arte de entretenimiento, por más que los dos puedan coexistir en una misma película, o una canción, o una novela. O que en la misma obra que muchos consumen rápido, como quien se zampa una hamburguesa, otros encuentren un territorio para la búsqueda y la interrogación. Que no falten quienes sacralizan al arte por ensobismo o por condicionamiento social no quita que sean bien distintos los motivos por los que otros buscamos el desafío de lo irreductible. Lo que no tiene por qué impedirnos entretenernos también a veces, o perderalegramente el tiempo con experiencias más unívocas, accesibles o efímeras, porque no vivimos afuera del planeta.

No hay motivos muy serios para enojarse con los millones que han hecho del video coreano “Gangnam Style” un fenómeno que arrasa la web, o con quienes en los boliches del verano eligen preformatedos cócteles de cumbia, reggaetón, electrónica y apelaciones a una sexualidad pavata. El que esté libre de la necesidad de aturdirse o entontecerse que tirela primera piedra. Lo que importa, en todo caso, es que bien puede ocurrir que, a veces, los modos de estar en la vida sean otra cosa, más incierta y feroz, y que quizá valga la pena probar. Y que sería muy bueno que cada vez más personas tengan oportunidades concretas de considerar esa posibilidad, aunque sostener la existencia de esas oportunidades implique, las más de las veces, inversiones poco o nada reditables. Claro que esto implica apostar también a que no todo a lo que se aspira en la vida sea el beneficio verificable, registrable, a la medida de los ratings, los rankings y los balances contables.

El escritor brasileño Joaquim Machado de Assis (1839-1908) reaparece en las librerías con *Padre contra madre* y otros cuentos breves, una selección de relatos que echan luz sobre su mirada visionaria e invitan a redescubrir una literatura química atravesada por la ironía, la agudeza y el trasfondo social. Publicado por Eterna Cadencia y con prólogo de Pablo Rocca, la antología propone un recorrido científico por las

diferentes etapas del escritor: desde su primer libro *Tres tesoros perdidos* (escrito a los 19 años) hasta *Um Incendio* (creado un año antes de su muerte). Hijo de padres jornaleros, descendiente de esclavos y fundador en 1897 de la Academia Brasileña de las Letras, Machado de Assis desplegó un mundo bisagra en la narrativa, la poesía y el teatro latinoamericanos, que ha sido poco reivindicado.



# Cheever por Montero



**N**o debería haber bebido lo que bice. Pero lo bice. Me había prometido no involucrarme en la vida íntima de Montero, pero pasaron días en los que no pude dejar de pensar en ese bucco de su biblioteca. Imaginaba, sentado en el Purple Rain o tirado en la cama, los títulos de los libros faltantes en su biblioteca. Pensaba, principalmente, en *El balón maldito* de Dashiell Hammett, que contiene la historia de Filtraf; O en *La noche del círculo* o *La habitación cerrada*, ambas de Paul Auster. Estaba seguro de que el faltante surgiría por allí, por ese examen abarrotado de autores norteamericanos. Pero no debía saber si tenía razón. Me repetía que no debería hacer nada para saber si tenía razón. La verdad es que no fue una decisión premeditada. Sin haberlo pensado mucho me encontré esa tarde vigilando el quisco de la estación que atiende la esposa de Montero. La vi coniar el dinero de la caja, apagar las luces, bajar la persiana metálica, empujar la puerta y correrla. La seguí por la avenida Independencia en dirección al bajo. Me desvié a meros de ella cuando se quedó observando la carriera del cine Paramount. Casi la pierdo cuando pasó apresurada, como quien se aleja de un mal recuerdo, frente a la vidriera de la librería Bau (del aire). Fui detrás cuando entró por uno de los laterales de la iglesia San Juan Bautista y dudé en mi persecución cuando pasamos por la vereda oscura al Purple Rain. Pero continué. Luego no me acordé en las calles oscuras de la zona fibril. Bordanamos, ella con un teléfono en los oídos, yo con miedo, la vieja fábrica de juguetes abandonada. La precaución me había bebido avararme, así que apenas la vi doblar en una esquina arbolada me apresuré. Y me desajicé. En la octava, me estaba esperando apuntándome con un envase de gas pimienta. En ese momento no sentí temor ni



JOHN CHEEVER. USÓ LA ELEGANCIA DE LOS SILENCIOS PARA RETRATAR UNA SOCIEDAD QUE SE CREE CON DERECHO PARA DECIDIR EL DESTINO DEL MUNDO.

“ Fue John quien le pidió a su hijo menor Benjamin que cuando muriera hiciera publicar los diarios. Era una manera de destrozar al jefe de familia, al reputado escritor del New Yorker, al, como alguna vez se definió, espía de una clase social a la que no pertenecía. ”

ganar de explicarle por qué la había seguido. Sentí culpa, culpa de estar haciendo algo que no debía. Pensé en Montero. Recordé lo que me había comado sobre Cheever. Me di cuenta enseguida de que estaba exagerando.

John Cheever es el escritor más grande del siglo veinte. Hábleme de quien quiera: desde cualquier ruso hasta su amado Murakami. Cheever fue el que mejor describió las miserias morales de los hombres, el que mejor usó la elegancia de los silencios para retratar a una sociedad que se cree con derecho para decidir el destino del mundo.

La verdad es que me resulta extraño decir esto, pero, a pesar de *Bullet Park*, de *Falconer*, de la saga *Voces de la perfección* de sus ensayos a los que no se los nombro nada por pereza, lo que no puedo dejar de leer de Cheever son sus *Diarios*. Durante más de cuatro décadas Cheever se examinó como a cualquiera de sus personajes. Essingular, y en algunos fragmentos hasta chocante, la manera descarnada con que se analiza, aunque, permítamelo decir así, se reflexiona.

*Diarios* está dividido en tres partes: lo escrito entre fines de los cuarenta y los cincuenta, luego los años sesenta y finaliza con los setenta hasta su muerte, en mil novecientos ochenta y dos. Aunque esta haya sido una selección consensuada por su familia y su editor, no hay favores para nadie, menos para el mismo Cheever. La edición de Emecé, además, trae unas notas al pie de Rodrigo Fresán que son invaluable.

Imagínese a un hombre que puede filtrar con su imaginación sus recuerdos y experiencias para hacerlos ficción. Imagínese a un hombre que va a misa con su familia y que luego va en busca de una experiencia homosexual. Imagínese a un hombre que dice que se rehabilitando, que esconde sus botellas de ginebra, whisky y bourbon en huecos del garaje y en el baúl del auto. Imagínese a un hombre así, que no se otorgaba ningún privilegio, imaginándose, castigándose por lo que era: por lo que era a la luz y en las tinieblas. Imagínese a Cheever escribiendo sus *Diarios*.

Alguna vez le dije que le iba a

hablar de Henry Mencken. Creo que él y Cheever fueron los observadores más agudos de la sociedad norteamericana. La diferencia es que Mencken, desde su fulgurante inteligencia, noqueaba a quien se le pusiera delante, mientras que Cheever, desde su oscuro sentimiento de culpa, les ganaba por puntos, los dejaba conscientes para que pudieran curar sus heridas.

Dicen los especialistas que la culpabilidad proviene de no poder haber cumplido las expectativas de la educación infantil o del período adulto de socialización. Dicen que en algunas personas esa culpa toma forma de voz. Parece que en Cheever las consecuencias de esa sensación se hicieron pura.

Fue John quien le pidió a su hijo menor Benjamin que cuando muriera hiciera publicar los diarios. Era una manera de destrozar al jefe de familia, al reputado escritor del *New Yorker*, al, como alguna vez se definió, espía de una clase social a la que no pertenecía.

Sin decir nada, busqué la billetera.



## "TODAS LAS MUJERES SON PORNOLECTORAS"

La ensayista y crítica italiana Francesca Serra en su ensayo *Las buenas chicas no leen novelas*, publicado por Península, afirma que "todas las mujeres son pornolectoras de forma obligada desde que el libro se convierte en mercancía". El llamado "porno para mamás", encarnado en el fenómeno de *Cincuenta sombras de Grey*, de E.L. James, tiene su origen en siglo XVIII, su apogeo en el XIX con *Madame Bovary* y

culmina con Marilyn Monroe leyendo el *Ulises* de Joyce. "Todas las lectoras lo somos, sin excepción", asegura María la agencia EFE. En su opinión, esos arquetipos creados a mediados del siglo XVIII, con la Revolución industrial y la novela como industria cultural, llegan hasta hoy cuando "las mujeres son las que más leen pero, también, las mayores víctimas de un mercado editorial machista".



4 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 31 DE ENERO DE 2013

DIRECTOR DEL SUPLEMENTO LITERARIO TELAM: CARLOS AL TEITO ■ SLT.TELAM.COM.AR



## CONTRATAPA

→ VICENTE BATTISTA

# Limpia, brilla y da esplendor

La frase publicitaria de un antiguo polvo de limpieza era casi igual a la que desde su fundación, en 1714, postula la Real Academia Española. Aquel polvo limpiador hace muchos años que dejó de fabricarse, las normativas de la RAE, por el contrario, continúan vigentes. La lengua inglesa carece de Academia, ¿hasta qué punto esa ausencia la perjudica y hasta qué punto la beneficia? La pregunta tiene diversas respuestas que a su vez generan nuevos interrogantes.

"Limpia, brilla y da esplendor", prometía el envase que mostraba a una diligente señora con un vestido que le llegaba casi a los tobillos. No era un vestido de fiesta sino de limpieza. La señora iba a paso rápido, sostenía una escoba en su mano derecha y cargaba un escobillón sobre su hombro izquierdo. Llevaba trenzas al aire y felicidad en su cara: se encaminaba a cumplir con su misión de limpiar, dar brillo y esplendor. La frase, higiénica por donde se la busque, me asombró desde la primera vez que la vi en aquel tarro de Puloil que descansaba, indiferente, sobre uno de los estantes de la cocina de casa.

Años después de aquel primer encuentro volvería a encontrarla, con una ligera variante: "Limpia, fija y da esplendor". En la portada del Diccionario de la Real Academia Española. Entonces me pregunté quién había plagiado a quién: los publicistas a los académicos o los académicos a los publicistas. Luego supe que la primera edición del Diccionario de la RAE data de 1726, mientras que el Puloil había comenzado a fabricarse a finales del siglo XIX o a comienzos del XX. Por simples razones de antigüedad, el mérito de



la frase habrá que dárselo a la Real Academia Española; por otra parte, el Puloil ha dejado de existir, en tanto que la RAE persiste en su propósito de limpiar, fijar y dar esplendor.

El año 1492 fue esencial para el reino de España: el 2 de enero delogiñada, de ese día de los Reyes Católicos pusieron fin a casi cinco siglos de dominio musulmán; nueve meses más tarde, el 12 de octubre, Cristóbal Colón desembarcó en América. En ese mismo año, Antonio de Nebrija entregó a la reina Isabel el "Diccionario Latino-Español" y la "Gramática Castellana", dos obras que eran el resultado de lo que la pro-

pria reina le había requerido: pasar al español las voces latinas; la "Gramática Castellana" se convirtió en la primera gramática de lengua vulgar que dio el Renacimiento. Las fechas no son caprichosas: el imperio español había expulsado a los musulmanes, se disponía a comenzar un nuevo continente y de hecho debía organizar la fijación de su lengua. Nebrija dedicó su libro a la reina Isabel ya que, según señala en el prólogo, "en cuya mano y poder no menos está el momento de la

lengua que el arbitrio de todas nuestras cosas (...) isaco por conchusion, mui cierta: que siempre la lengua fue compañera del imperio; i de tal manera lo siguió, que junta mente comenzaron, crecieron i florecieron". Y ya en las líneas finales destaca: "El presente proveyo de este mi trabajo puede ser aquel que, cuando en Salamanca di la muestra de aquesta obra a vuestra real Magestad, i me preguntó para qué podía aprovechar. El mui reverendo padre Obispo de Ávila me arrebató la respuesta; i, respondiendo por mí, dixo que después que vuestra Alteza me diese debajo de su iugo muchos pueblos bárbaros i na-

ciones de peregrinas lenguas, i con el vencimiento aquellos tenían necesidad de recibir las leyes que el vencedor pone al vencido, i con ellas nuestra lengua".

Este abusivo propósito se cumplió de pleno durante la conquista y sometimiento de los pueblos originarios de América. Sin embargo, la "Gramática Castellana" de Nebrija cayó en el olvido y recién volvió a publicarse a mediados de 1714, pocos meses después de que el rey Felipe V aprobara la constitución de la Real Academia Española. Desde entonces, mucha agua ha pasado bajo el puente gramatical, hubo diferentes intentos de modificar ciertas normas. Podríamos recordar la tenacidad de Sarmiento, dispuesto a desterrar definitivamente a la hache y reemplazar ciertas letras: la he por la jota, la i latina por la y griega, o la insolencia de García Márquez, cuando el 8 de abril de 1997, en un reportaje para *La Jornada*, de México, postuló que había que simplificar la gramática y "liberarla de sus fierros normativos para que entre en el siglo veintiuno como Pedro por su casa", y propuso "humanizar sus leyes y jubilar la ortografía: terror del ser humano desde la cuna".

"Jubilar la ortografía", de alguna manera esa propuesta se iba a cumplir poco tiempo después: el blog y el twitter se ocuparon de llevar a cabo el trámite jubilatorio. A estos recientes sistemas de comunicación parecen no importarles las normativas de la RAE, por lo que hacen que la gramática camine libremente, como Pedro por su casa. Aquel Puloil que limpiaba, daba brillo y esplendor, desapareció hace años. ¿Pasará algo parecido con la Real Academia Española y su persistente propósito de limpiar, fijar y dar esplendor?